FLORENTINO MONTERO, OTRO REY SIN CORONA

Por Lácides Martínez Ávila

Definitivamente, en esto de la elección de los Reyes Vallenatos, ocurren cosas que uno no alcanza a comprender, por más que trate de explicárselas.

En el festival que acaba de celebrarse en Valledupar, yo no entiendo cómo un jurado integrado por Sergio Moya Molina, uno de mis compositores favoritos, especialmente por sus primeras canciones, que son de un corte mucho más vallenato que las de ahora; Mauricio Pornoy, a quien no conozco personalmente, pero de quien me han dicho que es un gran folclorista y compositor, y mi buen amigo Rafael Oñate Rivero, cuyos atributos y conocimientos folclóricos los conozco por apreciación cercana y directa desde hace muchos años, pueda desconocer la real valía de un acordeonero como Florentino Montero, de quien me atrevo a afirmar que es uno de los tres o cuatro mejores ejecutantes del vallenato existentes en la actualidad, incluyendo jóvenes y veteranos.

Creo que la circunstancia de haber nacido y haberse criado en la parte más céntrica del departamento del Cesar, a orillas del río homónimo, le da a este servidor cierta autoridad para emitir un juicio de éstos sobre la materia.

No pretendo, de ninguna manera, cuestionar o causar demérito al triunfo de Elberto "El Debe" López, ¡ni más faltaba que tratase de hacer semejante cosa con uno de los buenos acordeoneros con que cuenta nuestro folclor!, pues soy de la opinión que cualquiera de los dos que hubiese ganado, entre él y Florentino Montero, habría sido justa la elección, caso parecido a cuando ganó Calixto Ochoa con relación a Náfer Durán.

Pero lo que sí no puedo concebir es que se haya dejado de ubicar a Florentino Montero entre los dos primeros lugares, que es donde con justicia debió figurar. Es insólito llegar a creer que la capacidad de ejecución vallenata de Florentino Montero esté por debajo de la de Julio Rojas.

Éste, hay que reconocerlo, es indiscutiblemente un fabuloso ejecutante del acordeón; es más, cuando por primera vez lo oí tocar, en un Festival del Magdalena Grande, en Santa Marta, el cual ganó inobjetablemente, a mí me impresionó sobremanera su extraordinario manejo del acordeón. Pero el hecho de que ejecute maravillosamente el acordeón, no quiere decir que ejecute maravillosamente la música vallenata. Pienso que en este terreno al que no llega a igualar a Florentino Montero. Le falta todavía estabilidad emocional, si se me permite la expresión aquí, o, lo que es lo mismo, carece de gusto sereno, factor que me parece de suma importancia en la interpretación del vallenato clásico o puro, que considero es el que debe tener preferencia en el Festival.

Perteneciente a las nuevas generaciones del vallenato, a Julio Rojas le ocurre lo que a la mayoría de sus colegas contemporáneos: el adorno excesivo en la ejecución lo hace atentar contra la legitimidad folclórica del vallenato.

En cambio, a Florentino Montero si algo le sobra es un gran equilibrio y mesura de ánimo para interpretar genuinamente la música vallenata. Esa manera especial que tiene de combinar eufónicamente la nota con el bajo la encontramos sólo en los grandes maestros de esta música.

Y no se crea que lo que aquí digo obedece a sentimiento regionalista, por aquello de que Florentino Montero es cesarense, como yo. Nada de eso. Lo que estoy diciendo se debe sólo a las razones que he expuesto.

Alberto Rada, quien fue el que quedó en el tercer lugar, es también, no hay duda, un buen acordeonero, pero su calidad está todavía bastante por debajo de la de Florentino Montero y aun de la de Julio Rojas. En consecuencia, la clasificación que este servidor hubiese hecho, de haber sido integrante del jurado calificador, es ésta: primer puesto, Florentino Montero; segundo puesto, Elberto López; tercer puesto, Julio Rojas, y cuarto puesto, Alberto Rada.

La natural suspicacia que estos casos despiertan en la personas, me ha hecho pensar en la posibilidad de que el jurado hubiese tenido miedo de situar dos músicos cesarenses en los tres primeros lugares de la escala clasificatoria del Festival, temiéndole al ser tildados de parciales o regionalistas. Si esto fue así, es obvio que procedieron injusta e incorrectamente, pues los méritos las capacidades hay que reconocérselos a quien los posea, no importa su origen o procedencia.

Es por todo esto por lo que se me ha ocurrido conceptuar que ahora hay otro “rey sin corona”, pero éste, paradójicamente, es del propio corazón de Valledupar.

Barranquilla, mayo de 1980